

Visiones y revisiones del 98 en la literatura cubana de principios de siglo

A Mayerín Bello

*Al volver de distante ribera,
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera
¡ y otra he visto además de la mía !
[...]
Con la fe de las almas austeras
hoy sostengo con honda energía
que no deben flotar dos banderas
donde basta con una : ¡ la mía !*

Estos decasílabos del poeta cubano Bonifacio Byrne bien pueden considerarse como inaugurales. *Mi bandera* – es el título del canto – es en efecto uno de los primeros textos significativos del post-98. Apenas estamos a un año del fin de la guerra hispano-cubano-norteamericana y, esperanzado, vuelve el poeta del exilio . Sin embargo, en la fortaleza militar de La Habana, el Castillo del Morro, la bandera española ha sido sustituida por la de Estados Unidos. La voz lírica de Bonifacio Byrne inició así una corriente de indignación y preocupación que, por muchos años, aunque de manera más o menos esporádica, iba a caracterizar parte de las letras cubanas. Al

1

Estos versos vienen citados en Raimundo Lazo, *Historia de la Literatura Cubana*, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1974 (1a ed., 1966), p. 154-155.

2

Exiliado desde 1896, Bonifacio Byrne fundó en Tampa (Florida) el Club Revolucionario y colaboró en *Patria*.

respecto, el título del poemario que precisamente Byrne publica en 1901 : *Lira y Espada* ilustra bastante bien dicha orientación.

Casi al mismo tiempo, en otro célebre poema, el soneto « Dos banderas », Enrique Hernández Miyares lamenta el mismo hecho, aunque con menores energías :

*Luce esplendente el sol de la mañana,
y sobre el muro gris de una azotea,
la bandera de Cuba al aire ondea
unida a la bandera americana.*

*Juntas las dos, su simbolismo hermana
de sacrosanta libertad la idea ;
desplegadas ayer en la pelea
plegar hicieron la bandera hispana.*

[...]

*el destino las guarde siempre amigas
a despecho de pérfidas intrigas... 4
¡ Pero que nunca formen una sola !*

De cierta manera, el poema de Hernández Miyares había de inaugurar otra corriente, más moderada. *Mi bandera*, en su elegíaca ingenuidad, enunciaba dolorosamente la resistencia ; « Dos banderas » manifiesta ya, desde el propio título, cierta conformidad. Sea lo que fuere, lo que evidencian los versos de Byrne y de Hernández Miyares, más allá de su compartida sinceridad patriótica es que la Historia, cualquier historia nacional, gusta de símbolos, e incluso los necesita. Asimismo se hace patente que la literatura no le va en zaga. En esas postrimerías del siglo XIX, a la vez iluminadas y ensombrecidas por la fecha de 1898 que, a la fuerza, se ha vuelto emblemática, se inicia, en el dominio de las letras, una lectura contrastada de la historia inmediata.

A pesar de lo aparentemente ambicioso del título de mi ponencia no me propongo hacer un recuento exhaustivo de las repercusiones literarias del 98 sino, más bien, examinar, a través de algunos ejemplos significativos, los ejes de lo que en

3

Bonifacio Byrne, *Lira y Espada*, pról. de Nicolás Heredia, La Habana, Tipografía El Fígaro, 1901.

4

Los versos vienen citados en José Antonio Portuondo, « Enrique Hernández Miyares », *Capítulos de Literatura Cubana*, La Habana, Letras Cubanas, 1981, p. 393.

fecha reciente el cubano Jorge Fonet llamó muy oportunamente el « síndrome del 98 » .

En términos generales, 1898 no fue, en ese dominio preciso de la literatura, esa ruptura ni mucho menos ese arrebató que lógicamente se podían esperar. Sin embargo, cae de su propio peso que como sucedió en otras naciones de América en el momento de independizarse ellas, la literatura cubana expresó de varias formas una legítima « aspiración a la autonomía » . Pero, por una parte, resultaría injusto no ver que tal anhelo había nacido mucho antes, alentado por los poetas, narradores y ensayistas quienes, a lo largo del siglo XIX, engrosaron las filas autonomistas e independentistas hasta alistarse, en cuanto a algunos de ellos, en el ejército mambí. Es innegable que la tarea ideológica emprendida por ellos repercute notablemente en las letras del 98 y del post-98. Además es particularmente relevante lo perdurable del compromiso del escritor cubano en el quehacer político y en la reflexión ideológica : al respecto la figura antonomástica de José Martí se impone como doble modelo de pensador y de hombre de acción. Por otra parte, resultaría erróneo creer que una sola fecha, un solo acontecimiento son capaces de provocar cambios irreversibles.

En la inmediata posguerra, al margen del género dominante de la poesía, al que volveré en breve, se impone un ejercicio circunstancial, una prosa documental que se ilustra a través de diarios, memorias o relatos de pura ficción, etc. En lo tocante a esta modalidad, huelga decir que, al finalizar las guerras de independencia, resultó lógico que la literatura contemplara el acontecimiento. Varios autores se dedicaron al género épico, a narrar la guerra, a contar las hazañas de los mambises, a exaltar la devoción patria a la par que se asignaron la tarea de saldar las cuentas de la colonia. Esa literatura de circunstancia fue prolongación epilógica de esa « literatura de campaña » de la que los *Diarios* de Máximo Gómez y de José Martí son los ejemplos más destacados y que culmina en el famoso *Episodios de la guerra. Mi vida en la manigua* (1899), de Raimundo Cabrera ... De ahí que las letras, por lo menos en los primerísimos años del siglo, estuviesen vueltas mayoritariamente hacia ese pasado inmediato. Se notará, por ejemplo, que en el solo año 10, se publican tres

5

Jorge Fonet, « El síndrome del 98 en la literatura cubana », *Casa de las Américas* (205), octubre-diciembre 1996, p. 117-127. Le agradezco a mi entrañable amiga Mayerín Bello, profesora de Literatura en la Universidad de La Habana, el haberme facilitado ese valioso material sobre el asunto.

6

La expresión es de R. Lazo, *Historia de la Literatura Cubana...*, p. 209.

7

J. Fonet recuerda con razón que el seudónimo de la crónica, el coronel Ricardo Buenamar, no es sino seudónimo de Raimundo CABRERA.

109

novelas sobre el tema : *Vía Crucis*, de Emilio Bacardí (centrada en la Guerra del 68) , *La insurrección*, de Luis Rodríguez Embil , en la que se glorifica la lucha de los cubanos por la libertad y, desde luego, *La manigua sentimental*, novela corta de Jesús Castellanos . De ahí también que tales narraciones fuesen a la vez de índole vivencial, a veces autobiográfica, casi siempre hagiográfica. Enaltecer la reciente, gloriosa y no menos trágica victoria militar permitía de momento posponer el desengaño que pronto no dejaría de provocar la Enmienda Platt y la presidencia de Tomás Estrada Palma. La visión exaltada iba aparentemente en aquel entonces sin revisión.

Fuera de ese subgénero particular de la novela documental, el paisaje literario no sufrió, como ya lo he sugerido, cambios espectaculares. Excepto esa producción en prosa, cercana al acontecimiento, apenas descuella una narrativa marcada esencialmente por un intento de pintura social, muy influenciada por los modelos europeos de la época. Es de notar que la mayor parte de esos narradores de la inmediata posguerra permanece al margen de los primeros acontecimientos de la República . Al respecto, la postura del novelista y cuentista Jesús Castellanos, uno de los prosistas más destacados, no deja de ser ambigua y me parece bastante bien reflejar las vacilaciones de cierta intelectualidad presa de la incertidumbre. Si en sus novelas y cuentos Castellanos muestra algún interés por lo cubano (pienso en particular en los cuentos de *De tierra adentro* de 1906 o en su novela *La conjura* de 1909), en cambio, en algunos artículos, no vacila en defender tesis netamente panamericanistas. Por ejemplo, en una reseña, publicada en Nueva York en 1911 , critica el libro de matiz antiimperialista del argentino Manuel Ugarte, *El porvenir de la América Latina*, reprochándole al autor su deseo de « ver a la América Latina unida en una sola inmensa confederación », este mismo deseo que fue, desde luego, el de

8

Emilio Bacardí, *Vía Crucis*, Santiago de Cuba, Imp. El Cubano Libre, 1910 (1a parte : *Páginas de ayer*).

9

Luis Rodríguez Embil, *La insurrección*, París, Librería P. Ollendorf, 1910 (o 1911).

10

Jesús Castellanos, *La manigua sentimental*, Madrid, 1910, in *Los argonautas. La manigua sentimental. Cuentos. Crónicas y apuntes*, tomo II, ed. Academia Nacional de Artes y Letras, La Habana, Imprenta « El siglo XX » de Aurelio Miranda, 1916, p. 81-145.

11

Me refiero en particular a la presencia norteamericana en Cuba.

12

J. Castellanos, « Los dos peligros de América. A propósito de dos libros nuevos » y « El norte y el sur. Sobre un viaje y unas conferencias », *Los optimistas*, tomo I, ed. Academia Nacional de Artes y Letras, La Habana, Avisador Comercial, 1915, p. 213-237. El primer artículo es una reseña del libro de Ugarte y de un libro de F. Ortiz ; el segundo se refiere a un viaje que hizo el argentino a Cuba y a las conferencias que dio allí.

Bolívar y el de Martí. Si bien reconoce Castellanos el imperialismo de Mac Kinley o el « papel protector » de Estados Unidos, acepta sin vacilar la política colonialista norteamericana :

Su expansión económica, como la de Francia o España en Marruecos, constituye una entidad respetable que puede coexistir perfectamente con la entidad política local [...] El interés americano [...] está en sembrar amistades para recoger mercados .

La ceguera de Castellanos en cuanto a los verdaderos designios norteamericanos se acentúa todavía más al enfocar la cuestión propiamente cubana, viendo en el vecino del norte un aliado natural, un « amigo leal » y providencial, « el único pueblo cuyo corazón sentimos latir al lado del nuestro en los días trágicos » . Y, como en irrisoria respuesta a los poemas de Byrne y de Hernández Miyares, dedica este canto a la bandera norteamericana :

... en Cuba la bandera americana se recuerda como el lábaro de nuestro advenimiento a la civilización y sigue siendo la de una gran nación aliada .

Cabe convencerse de que la postura de Castellanos tiene más de ingenuidad que de saña. Con todo me parece traducir bastante bien la inmadurez de gran parte de la clase intelectual de la época, no dispuesta aún a regir la autonomía recién conquistada/confiscada y así a darle su verdadero sentido al 98. Esa incapacidad para juzgar lo peligroso de la situación cubana no fue propia de los narradores. Incluso se puede decir que los poetas se mostraron todavía más reacios a una aprensión crítica de la Historia.

Cintio Vitier, en su novena lección de *Lo cubano en la poesía*, especialmente dedicada a las « orientaciones de la poesía después de la guerra [...] en relación con el ambiente republicano » , apunta que, muertos Julián del Casal y José Martí, « el período que va de 1895 a 1913 se nos presenta vacilante, confuso y en términos

13

Ibidem, p. 220.

14

Ibidem, p. 222.

15

Ibidem, p. 223.

16

Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Instituto del Libro/Letras Cubanas, 1970 (« Orientaciones de la poesía después de la guerra. La obra de Boti y de Poveda en relación con el ambiente republicano », p. 315-345).

generales, mediocre » . Ese desolado panorama tiene bastante que ver con el estado arruinado del país, con un desaliento y una frustración crecientes, también con acontecimientos que sacuden las conciencias nacionales, como la breve guerra civil de 1906 y las sucesivas intervenciones norteamericanas, sin que por ello naciera una verdadera literatura de combate. En medio de esa modorra no se podía entonces sino valorar la emergencia de un grupo de poetas, todos provincianos, que, muy rápidamente, se situaron en un posmodernismo con vistas a novedad : se trata de José Manuel Poveda, Regino E. Boti y Agustín Acosta . Si es patente su búsqueda de renovación en la forma, es menos evidente su inserción en lo circundante. Al « yoísmo » del uno (Boti) responde la « egolatría » del otro (Poveda). O, mejor dicho, mal supieron traducir en versos lo que estaban viviendo e incluso denunciando en artículos o ensayos, ilustrando una vez más la dicotomía patente entre creación individualista y compromiso social, entre obsesión por lo estético y conciencia ética. En el mulato José Manuel Poveda, por ejemplo, fue grande el desajuste entre el rebuscamiento esteticista de sus versos y las bélicas aserciones de sus conferencias : sólo se recordarán sus « Palabras a los efusivos », dirigidas a los « jóvenes poetas y prosistas de Cuba » o sus « Palabras de anunciación » o, en fin, su larga conferencia sobre « El nacionalismo » . Dicho de otro modo, siempre se debatió él entre su sensibilidad de creador que Alberto Rocasolano calificó de « crepuscular », « maldita », « enfermiza », sugiriendo así el aspecto introvertido de su obra, y su sincero deseo de « autoctonía » que expresaba así en 1909 :

17

Ibidem, p. 317.

18

Se hicieron famosos, Regino E. Boti con *Arabescos mentales* (1913), Agustín Acosta con *Ala* (1915) y José Manuel Poveda con *Versos precursores* (1917).

19

José Manuel Poveda, « Palabras a los efusivos » (1912) in *Órbita de José Manuel Poveda*, ed. Alberto Rocasolano, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba/UNEAC, 1975, p. 321-323.

20

Ídem, « Palabras de anunciación » (1913), *ibidem*, p. 324-326.

21

Ídem, « El nacionalismo » (1914), *ibidem*, p. 327-330.

22

Órbita de José Manuel Poveda..., p. 44.

112

... nuestra poesía no será la que cante los viejos hechos y las viejas cosas de un mundo viejo, sino la que cante nuestra vida de pueblo en marcha hacia el porvenir – democracias indómitas y revolucionarias –...

Deseo entusiasta, saludable intención desgraciadamente relegada al olvido. Esos atisbos de compromiso apenas alteran el verso povedeano. En muy pocos de los poemas asoma la preocupación nacional ²⁴salvo quizás en el soneto « El trapo heroico », ²⁵último avatar de la bandera patria o en la sombría « Elegía del buen desastre » ²⁶.

Así se comprende que los primeros años de la República fueron, en el dominio literario, un momento de letargo en el que el 98 actuó como imagen fija y sagrada, como punto de referencia positivo, desvinculado casi de sus prolongaciones y susceptible entonces de ofuscar el entendimiento y la conciencia nacional. Sin embargo, la lectura del 98 y del post-98 debía conocer una evolución drástica. Los críticos coinciden al dar un especial relieve a la fecha de 1913, año en el que sale a luz, en el mes de enero, el primer número de *Cuba Contemporánea* cuyo título era ya todo un programa. La revista, animada por ²⁷dos intelectuales más destacados de la época (poetas, narradores, ensayistas, etc.) , constituyó el aporte más original de la posguerra, por su apertura, su tolerancia, su apego a la cultura y, más que todo, su preocupación por las cuestiones nacionales. Tales fueron algunos de sus objetivos y exigencias :

Las páginas de *Cuba Contemporánea* quedan abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno, sin otra limitación que la impuesta por el respeto a las opiniones ajenas, a las personas y a la sociedad [...] : he ahí nuestro programa.

[...]

23

Ibidem, p. 45. Es cita sacada del artículo de Poveda titulado « Los burritos » y publicado en *La Independencia* (29 de septiembre de 1909).

24

J. M. Poveda, « El trapo heroico », *Versos precursores, ibidem*, p. 114.

25

Ídem, « Elegía del buen desastre », *Versos precursores, ibidem*, p. 134-135.

26

Entre ellos, Max Henríquez Ureña, Dulce María Borrero, Alfonso Hernández Catá, José Antonio Ramos, José María Chacón y Calvo, Carlos Loveira, Luis Rodríguez Embil, Emilio Roig de Leuchsenring, Jesús Castellanos, Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Regino E. Boti, José Manuel Poveda, Manuel Sanguily, Miguel de Carrión, Juan Marinello, Jorge Mañach, Agustín Acosta...

113

Información general de todo lo que pueda interesarnos en cualesquiera de los múltiples aspectos de la inquieta vida de las actuales sociedades , noticia extensa o breve [...] de cuantas obras se publiquen en Cuba y fuera de ella [...] y atañederas a nuestra historia, así como a la del resto de América ; [...] y, en particular, expresa dedicación al estudio de nuestros problemas en lo administrativo, en lo político, en lo moral y social, en lo económico, en lo religioso : tales son los asuntos que preferentemente ocuparán estas páginas...

Se debe a *Cuba contemporánea* un activo papel de censor de la vida republicana, especialmente en la sección « Palpitaciones de la vida nacional », a cargo de Arturo Montori quien firmaba con el seudónimo « Monitor » ; se le debe asimismo la primera revisita del 98 y de sus lamentables consecuencias. En particular, muchos de los intelectuales que colaboraban en la revista denunciaron la ingerencia norteamericana. Desde este punto de vista, 1913, vinculado con la labor digna de consideración de *Cuba Contemporánea* (si bien distaba de cualquier empeño revolucionario), adquirió, para las letras cubanas, los contornos de una fecha clave, menos « histórica » que 1898, pero sí más significativa en el plano de la autonomía cultural. Curiosamente, exactamente diez años después, 1923 iba a cobrar un valor aún más emblemático y constituir un eslabón decisivo en la toma de conciencia nacional.

Por lo tanto, el estancamiento literario del primer decenio no impidió que nacieran, no verdaderamente a raíz de la guerra, sino ya entrada la segunda década del siglo, una serie de reacciones relacionadas no solamente con la aparición de *Cuba contemporánea* (1913) sino también con la nueva época de la *Revista Bimestre Cubana* (1910) y la creación de la revista *Social* (1916), relacionadas sobre todo con el surgimiento de una nueva clase de intelectuales que, sin forzosamente desechar la labor creacional, echaron las bases de una necesaria toma de conciencia, encontrando su máxima expresión en el género que mejor se prestaba a la diatriba, a la reivindicación y a la resistencia : el ensayo. En la estela de los pensadores que, en el siglo anterior, hicieron que despuntara cierta conciencia de lo cubano – Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco –, en la estela de José Martí, unos ensayistas juzgan, condenan, luchan por imponer la necesidad de la reflexión nacional. Es el caso de los veteranos Enrique José Varona y Manuel Sanguily pero también de José María Chacón y Calvo, de Emilio Roig de Leuchsenring, de José Antonio Ramos o de Fernando Ortiz. Sólo al primero, Enrique José Varona, nos

27

« *Cuba contemporánea* », in *Diccionario de la Literatura Cubana*, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba/Letras Cubanas, 1980 (« *Cuba contemporánea* »).

atendremos por ser quizás – a causa de su madurez política e intelectual debida a sus experiencias del pre-98 y del post-98 – la figura que mejor ejemplarice la estrecha compaginación entre reflexión y acción. Con el espíritu que ya sustentaba su argumentado *Cuba contra España* (Nueva York, 23 de octubre de 1895) , violenta requisitoria contra una España culpable de cuantos males sufría Cuba, Varona emprendió una larga y tenaz cruzada contra todas las formas republicanas de la corrupción y contra el intervencionismo norteamericano. Esa lucha, a través de lo escrito, se convirtió en el verdadero leitmotiv de su vida y de su obra. Desde los años 10, Enrique José Varona multiplicó sus llamamientos como, por ejemplo, en su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras (11 de enero de 1915) :

La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio, podrá mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacta si éste es el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y su vida. El monstruo que pensaba haber domeñado resucita. La sierpe de la fábula vuelve a reunir los fragmentos monstruosos que los tajos del héroe habían separado. Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba colonial .

Pero los discursos de Varona no se contentan con sacar moralejas. En sus reflexiones, siempre corren parejas lo ético y lo político. Ese mismo año de 1915, deja las cosas bien claras :

Hemos asegurado la independencia política de la patria. Es un gran deber que hemos cumplido. Nos falta otro. Asegurar por el trabajo bien dirigido la independencia económica del cubano. Con ésta, y sólo con ésta, se afianza la otra. Y cuando se cimenta con sangre una obra, hay que poner además todos los medios para que perdure .

Tras el lenguaje metafórico de Enrique José Varona, tras el sentimiento de culpabilidad y vergüenza está una voluntad de acción que lo llevará a pronunciar en 1921, en la Academia de Ciencias, un discurso sobre y contra *El imperialismo yanqui en Cuba* y a mantener una actitud resueltamente crítica frente al régimen machadista a partir de 1925. Esa primacía de la acción cívica en Varona invierte el esquema,

28

Enrique José Varona, *Cuba contra España*, in *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana* (86), México, UNAM, s.f.

29

Ídem, « Por Cuba », in Hortensia Pichardo, *Documentos para la Historia de Cuba*, tomo II, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1968.

30

Ídem, « Mirando adelante », *ibídem*.

115

hasta allí dominante en la literatura, de visión sin revisión. En su discurso sigue presente la obra inacabada del 98, aquí, en los dos fragmentos citados, mediante las imágenes, muy propias de una Reconquista, del héroe « matasierpe », « matamonstruo » y de la « sangre » derramada en vano. Así que la tarea que se impone Varona es la de un cumplimento. En este sentido, 1898 sigue siendo el obligado punto de mira. Pero la lectura crítica que propone Varona del acontecimiento y, sobre todo, de lo que acarreó (la presencia norteamericana respaldada por la aceptación, la expectativa o la indiferencia de muchos cubanos), induce la necesidad de revisar los estrechos límites de una fecha simbólica y de aferrarse a una visión prospectiva (« Mirando adelante » se titula el segundo texto citado). Precisamente estos dos textos de Varona encontrarán un eco significativo en el trabajo de reflexión cultural de la *Revista Bimestre Cubana* que dirigió otro gran pensador de la cubanía, Fernando Ortiz, también en la tarea emprendida por la « Junta Cubana de Renovación Nacional » la que, el 2 de abril de 1923, aquel mismo año de la « Protesta de los 13³²», había de hacer un llamamiento a los cubanos (« Manifiesto a los cubanos ») que, no es de extrañar, exigía la « renovación total de [la] vida pública » para que « la vida republicana sea igualmente digna [...] de los sacrificios que costó su conquista » ; abogando así por :

... la renovación, en fin, del viejo ideal cubano, hoy caído y mancillado ; la renovación del apostolado de Martí hoy enaltecido a flor de labio, pero traicionado en la insensatez de la conducta.

Quizá el concepto de « generación del 98 », en su vertiente cubana, cobre así una relativa significación a partir de ese esfuerzo colectivo, nacido en el año 13 para triunfar realmente a partir del 23, ese esfuerzo por regenerar la vida republicana en Cuba (en el mismo sentido en que se habló de un « regeneracionismo » en España). Lo seguro es que a raíz de aquellos escritos, insertos en un contexto socioeconómico difícil, los géneros de ficción empezaron, por primera vez en lo que iba de siglo, a construir un discurso de crítica y rebeldía, haciendo más clara todavía esa dicotomía insuperable entre una literatura que se escribe fuera de la preocupación nacional y política o que, a lo sumo, lamenta el pasado encerrándose en un pesimismo paralizador, y otra literatura que se escribe desde dentro. A ésta última se adscriben,

31

Véase, al respecto, mi trabajo : « La *Revista Bimestre Cubana* et la mobilisation culturelle nationale : l'influence de Fernando Ortiz (1921-1931) », in *Le discours culturel dans les revues latino-américaines de l'entre deux-guerres (1919-1939)*, América. Cahiers du CRICCAL (4-5), Publications de la Sorbonne Nouvelle, 1990, p. 47-58.

32

Fernando Ortiz *et al.*, « Manifiesto a los cubanos », *Revista Bimestre Cubana* (2), 1923, p. 81-84.

por ejemplo, entre los poetas, un Rubén Martínez Villena o un Agustín Acosta, en la narrativa, un Carlos Loveira o un Luis Felipe Rodríguez quien, en *La conjura de la ciénaga*, no vacilará en tomar posiciones claramente antiimperialistas. Baste para mostrarlo este fragmento centrado en ese obsesivo símbolo de la nación, la bandera :

Terminada la guerra de independencia nos volvimos a encontrar en pleno desbordamiento patriótico. Ahora, detrás de los soldados americanos, como antes de los españoles (los muchachos son así) cambiábamos objetos pintorescos por otros más pintorescos todavía, y vendíamos botones y estrellas de alguna noble guerrera militar española que cayó en nuestras manos a los oficiales de la ocupación yanqui. ¡ Cosas de los muchachos ! Con un temblor de emoción en el alma vimos descender del asta municipal el pabellón, amarillo de vergüenza y rojo de indignación, que nos había regido desde cuatro siglos, y en su lugar vimos subir hasta el tope del mástil la bandera estrellada de la patria de Washington .

En fin de cuentas, el ensayo resultó ser el género más relevante en la construcción identitaria del cubano, en la medida en que ofreció al narrador o al poeta una reflexión en que inspirarse y en la medida en que impuso la idea de que la visión del pasado, invadida por la añoranza, no iba sin revisión crítica o, dicho de otro modo, de que la victoria del 98 debía asumirse como un fracaso y superarse como un trauma.

Mis palabras conclusivas podrían valerse de una metáfora bastante simplona que pondría en juego los términos opuestos de ocaso y de alborada. El acontecimiento finisecular que nos reúne generó en Cuba un período de gran turbación : para algunos se abrieron los tiempos de la indiferencia, para los demás comenzó un momento de honda frustración, de pesimismo y de angustia, a la exacta medida de los sueños que supieron alentar un Simón Bolívar o un José Martí y que no pudo cumplir el 98, siendo a la postre el suceso, como lo ha dicho Óscar Loyola Vega, « ... no la plasmación histórica del cese del colonialismo español en Cuba, sino la posposición histórica [...] de un anhelo nacional largamente acariciado » . Ahora, esa defraudación generó las dos posturas que hemos visto : la que consiste en encerrarse en su torre de marfil y la que consiste en lanzarse en la batalla. Curiosamente este

33

Luis Felipe Rodríguez, *La conjura de la ciénaga* (1923), s. l., Editora Latinoamericana/ Editora popular de Cuba y del Caribe/Segundo Festival del libro cubano, s.f., p. 14-15.

34

Óscar Loyola Vega, « Tesis muy personales sobre el 98. ¿ Conmemoración ? ¿ Celebración ? ¿ Duelo ? », *ContraCorriente* (2), 1995, p. 14 (citado por J. Fornet, « El síndrome del 98... », p. 121).

117

esquema ambivalente va a ser constante y característico de las letras cubanas a lo largo de la época republicana (1902-1959), esa famosa « república mediatizada », una dualidad que Alfred Melon comentó de esta manera :

La frustración y amargura engendradas por esos atropellos [el 98] constituirán la nota dominante de las letras cubanas durante los primeros decenios del siglo [...] Y, desde entonces, toda la historia literaria de la era republicana consistirá en la oscilación entre la conciencia antimperialista, por una parte, y el repliegue individualista o la pretensión al apolitismo, por otra ; entre las pulsiones heroicas y la abdicación, la evasión o la modorra .

Quizá lo que haya mostrado también ese panorámico recorrido a través de unos ejemplos singulares es que el texto literario nunca se ha conformado con ser un mero reflejo de la realidad ni mucho menos cuando lo exigen las circunstancias. Al contrario - y lo patentiza la vertiente crítica y constructiva de la literatura cubana de principios de siglo -, este texto actúa como síntoma, en su doble dimensión de indicio revelador y de señal de peligro, y construye, a su manera y desde su especificidad, lo real. En fin de cuentas, 1898 habrá sido esa significativa circunstancia a partir de la que se comenzó a delinear, primero tímidamente, luego con ostentación, el concepto de una literatura genuinamente cubana preocupada por el quehacer identitario. Durante un cuarto de siglo, habrán sido numerosos los balbuceos, las contradicciones, las palinodias para que el equilibrio de fuerzas se invirtiera y para que el discurso literario obtuviera la mayoría de edad y asumiera una misión ideológica : la que se plasma en la visión retrospectiva del hecho pero también en su revisión dialéctica, en la superación del mero patriotismo y en la elaboración de un discurso demoleedor y prospectivo propio de una verdadera descolonización. Por aquellos vericuetos de dolor y de lucidez anduvieron los escritores cubanos convencidos de que la historiografía no es patrimonio exclusivo del historiador, de que la reacción sin acción carece de sentido y de que la indagación de lo cubano exigía más tiempo y maduración que un mero cambio de siglo o que una simple fecha en un calendario, por más emblemática que fuese.

Alfred Melon, « La literatura cubana », in *Literaturas ibéricas y latinoamericanas contemporáneas*, ed. Oliver Gilberto de León, París, Ophrys, 1981, p. 619. Cabe notar que más adelante en su artículo, A. Melon reitera esa convicción al enfocar los años inmediatamente anteriores a la Revolución de 1959 : « En los últimos años de la era republicana coexisten pues en la literatura, dos tendencias que por rumbos opuestos ambicionan patentizar la esencial cubanía : una se aferra a la 'poesía pura', privilegiando la reflexión estética o filosófica y evitando cuidadosamente los temas sociales y políticos ; otra, integrada por escritores que en su mayoría tuvieron que exilarse frente a la barbarie represiva, pone deliberadamente su obra al servicio de su compromiso político, sin que ello signifique, por supuesto, que se desatendieran las exigencias estéticas » (*ibidem*, p. 623).

Visiones y revisiones del 98

Françoise MOULIN CIVIL
(Université de Paris X – Nanterre)